

ENTRE ALFILERES

En 1995 México padeció una crisis económica severa, en la que el PIB descendió 6.9 por ciento en términos reales, la inflación se elevó a 52 por ciento y el consumo de la población cayó en 11.7 por ciento, propiciado por una disminución de 12.5 por ciento en las remuneraciones laborales y una retracción del empleo del sector formal (el que conlleva prestaciones del IMSS), de 5.4 por ciento.

Todavía se debate si esta debacle la ocasionó el equipo del gobierno saliente o el del entrante de ese entonces (entiéndase el de los ex- presidentes Salinas y Zedillo respectivamente). A raíz de esta discusión surgió una frase célebre atribuida a Pedro Aspe, a la sazón ex- secretario de hacienda, cuando Zedillo lo increpó diciéndole que había dejado la economía prendida de alfileres, a lo que Aspe le respondió: "para que se los quitaron".

En 2019 la economía mexicana no está próxima a una crisis similar, ni nada parecido, aunque hay varios aspectos que están colgados de alfileres y preocupa que el gobierno actual se los quite. El primero corresponde al bajo crecimiento de la actividad económica, que afecta desde hace unos meses al país y se está acentuando; otro tiene que ver con el debilitamiento acelerado de la producción del sector energético y uno más derivado de una disminución en la capacidad productiva del país, proveniente de una menor inversión en activos fijos.

El grueso de los analistas estima que el crecimiento del PIB de 2019 será inferior al del año pasado. La previsión promedio es de 1.8 por ciento. En caso de cumplirse esta tasa sería la menor de los últimos cinco años. Algunos especialistas (i.e. Bank of America), consideran que la economía crecería apenas por encima de 1 por ciento en el año, lo que significaría el avance más bajo desde la crisis internacional de 2009. En cualquier caso el resultado será peor que el de años anteriores.

La desaceleración del PIB proviene en buena medida de un bajo crecimiento del consumo de los hogares, que en los próximos meses se reforzará por la reducción salarial y los despidos de numerosos empleados públicos de confianza.

Por otra parte, las exportaciones no petroleras que han sido un fuerte motor de crecimiento económico hasta ahora, se ven amenazadas por un retroceso potencial de la economía de EUA, principal cliente externo de los productos mexicanos.

En el sector energético prevalece la confusión de la estrategia a seguir. Se observa un deterioro de la producción de petróleo crudo y una insuficiencia creciente en el abasto de electricidad. El gobierno carece de fondos para revertir esta situación prontamente. En vez de encontrar fórmulas ágiles para compensar con inversión privada la insuficiencia de recursos públicos --y elevar la oferta de energéticos-- la ahuyenta, entorpeciendo las labores de los reguladores del sector o de plano cancelando las posibilidades de colaboración empresarial con Pemex o la CFE. En estas condiciones es muy factible que las calificadoras degraden a Pemex, lo que encarecería su deuda y debilitaría el tipo de cambio, entre otras consecuencias.

Finalmente, el impulso de la inversión productiva en construcción y en maquinaria se ha extenuado en los últimos tres meses para los que se conoce información (agosto-octubre de 2018), en los que su avance fue nulo. Esto le resta a la economía posibilidades de crecimiento este año, por una falta de demanda de bienes de capital, y en años futuros, por una merma en la capacidad del país para producir bienes y servicios.

La mayor interrogante es como actuará el gobierno cuando algunos de estos alfileres comiencen a desprenderse. Es fácil imaginarse que AMLO y su equipo tratarán de imprimir más potencia a la economía acelerando y expandiendo el gasto público, echando por la borda la sensatez con la que la SHCP construyó el presupuesto público para 2019. Este es el alfiler de los otros alfileres económicos. Si lo quitan los resultados serán ampliamente perjudiciales.

Socio fundador de GEA Grupo de Economistas y Asociados